

en ese traje de *négligé* propio de la primera hora que envuelve adorablemente á las jóvenes y que se asemeja á la nube sobre el astro; y con la cabeza inundada de luz solar, rosadas las mejillas de haber dormido bien, mirada con dulzura y con delicia por el buen hombre enternecido, se entretenía en deshojar una margarita. Coseta ignoraba la preciosa leyenda *me ama un poco, apasionadamente*, etc.; ¿quién se la había de haber enseñado? Manoseaba ella aquella flor, como por instinto, inocentemente, muy lejos de pensar que deshojar una margarita, es despedazar un corazón. Si existiera una cuarta Gracia llamada la Melancolía, y sonriendo, habría parecido ser ella esta Gracia. Juan Valjean estaba fascinado por la contemplación de aquellos delicados deditos sobre aquella flor, olvidándolo todo en el centelleo que aquella criatura enviaba á sus ojos. Un pitirojo gorjeaba entre las matas de al lado. Blancas nubes atravesaban el cielo tan alegremente, que se diría que acababan de ser puestas en libertad. Coseta proseguía deshojando su flor con la mayor atención; parecía como que tenía puesto el pensamiento en alguna otra cosa; pero que esta cosa debía de ser encantadora; cuando hé aquí que, de repente, volvió la cabeza sobre sus hombros con la delicada lentitud del cisne, y dijo á Juan Valjean: Padre, ¿qué viene á ser eso de las galeras?

LIBRO CUARTO

SOCORRO DE ABAJO

PUEDE SER SOCORRO DE ARRIBA

I

HERIDA POR FUERA, CURACION POR DENTRO

Su vida iba así oscureciéndose y entristeciéndose por grados.

Ya sólo les quedaba una distracción que en otro tiempo había sido para ellos una dicha, tal era la de ir á llevar pan á los que tenían hambre y ropas á los que tenían frío. En estas visitas á los pobres, en las cuales acompañaba generalmente Coseta á Juan Valjean, encontraban ellos de

nuevo algun resto de su antigua efusion de ternura ; y á veces, cuando la jornada habia sido buena, cuando habian socorrido muchas necesidades y miseria, y reanimado y abrigado á muchos niños, Coseta se hallaba algo laegre por la noche. En esta época fué cuando visitaron el desvan de Jondrette.

Al día siguiente de esta visita, apareció Juan Valjean por la mañana en el pabellon, tranquilo como de ordinario, pero con una grande herida en el brazo izquierdo, muy inflamada, y de bastante mal aspecto, que tenia trazas de ser una fuerte quemadura, que él explicó de un modo cualquiera. Esta herida le produjo más de un mes de calentura, en cuyo tiempo no salió de casa. Se negó á que le viese médico alguno. Cuando Coseta le hablaba de esto con instancias : Llama al médico de los perros, decia él.

Coseta le curaba la llaga por la mañana y por la noche, con tan divina afabilidad, con tan angélica dicha de serle útil, que Juan Valjean sentia renacer en él toda su antigua alegría, disiparse sus temores y sus ansiedades, y contemplaba á Coseta diciendo : ¡ Oh ! dichosa herida ! ¡ Oh ! enfermedad deliciosa !

Viendo á su padre enfermo, Coseta habia desertado el pabellon, volviendo á tomar gusto de nuevo al cuartito y al patio interior. Casi todo el día lo pasaba allado de Juan Valjean, leyéndole los libros que el queria. Generalmente eran libros de viajes. Juan Valjean se rejuvenecia ; su dicha revivia, radiante é inefable ; el Luxemburgo, el jóven rondador desconocido, la frialdad que habia ántes notado en Coseta, todos estos nublados de su alma se disipaban ; y acababa por decirse á sí mismo : Yo soy quien he imaginado todo esto. Soy un viejo loco.

Su dicha era tan grande, que el horrible hallazgo de los Thénardier, hecho en el desvan de Jondrette, de un modo tan inesperado, habia pasado por él como resbalando y

casi desapercibido. Ha'ia conseguido escapar ; su huella estaba perdida ; que le importaba á él todo lo demas ! no se acordaba de tan horrible escena sino para compadecerse de aquellos miserables. Ya por fin están presos, y de hoy más, imposibilitados para hacer daño, decia él entre sí, pero qué desdichada familia envuelta en todas las miserias y en todos los horrores !

Por lo que hace á la espantosa vision de la barrera del Maine, Coseta no habia vuelto ya á hablar de ella.

Sor Santa Mechtilde habia enseñado á Coseta la música en el convento. Coseta tenia la voz de una calandria que tuviese un alma, y á veces, por la noche, en la humilde estancia del herido, cantaba ella canciones tristes que hacian la delicia de Juan Valjean.

La primavera llegaba, y el jardin estaba tan admirable en esta estacion del año, que Juan Valjean dijo á Coseta : — Tú no vas allí nunca, quiero que te pasees entre las plantas. — Haré lo que usted guste, padre, dijo Coseta.

Y para obedecer á su padre, volvió á la antigua costumbre de pasearse en eljardin, generalmente sola, pues, como hemos ya indicado, Juan Valjean, temiendo probablemente que le vieran por la verja, no iba allí casi nunca.

La herida de Juan Valjean habia sido como una distraccion, una digresion en la vida monótona de aquella casa.

Luégo que Coseta vió que su padre sufría ménos, que ya iba sanando, y que parecia alegre y dichoso, experimentó ella á su vez un contento del cual no se apercibió siquiera, segun lo suave y naturalmente que la vino. Ademas, era ya el mes de Marzo. los dias iban siendo más largos, el invierno se marchaba, y el invierno se lleva siempre consigo algo de nuestras tristezas ; despues vino Abril, esta aurora del estío, fresca como todas las auroras, alegre como todas las infancias ; algo lloran á veces como un recién nacido

que es. La naturaleza en ese mes tiene bellísimos resplandores que pasan del cielo, de las nubes, de los árboles, de las praderas y de las flores, al corazón del hombre.

Coseta era aún demasiado joven para que esta alegría de Abril que tanto se la asemejaba dejara de penetrarla. Insensiblemente, y sin que ella lo notase siquiera, toda idea lúgubre se alejó de su espíritu. En la primavera, reina la claridad hasta en las almas tristes, á la manera que á las doce del día penetra la luz del sol hasta en las cuevas. La misma Coseta no estaba ya triste apenas. Por lo demás, aunque esto era así en efecto, ella no se daba cuenta de semejante situación. Por la mañana, á eso de las diez, después de almorzar, cuando había conseguido traerse á su padre hacia el jardín, por un cuarto de hora, y le hacía pasear al sol por delante de la escalera, sosteniéndole el brazo enfermo, no se apercibía ella de que reía á cada instante y de que era dichosa.

Juan Valjean, embriagado de gozo, la veía ponerse á toda prisa encarnada y fresca.

— ¡ Oh! qué herida tan afortunada! repetía él sin cesar en voz baja.

Y estaba agradecido á los Thénardier.

Una vez curada ya su herida, volvió él á emprender sus paseos solitarios y crepusculares.

Sería un error creer que se puede uno pasear solo, de ese modo, por las regiones inhabitadas de París, sin encontrar alguna aventura

II

LA TIA PLUTARCO NO HALLA DIFICULTADES PARA EXPLICAR UN
FENÓMENO

El niño Gavroche se quedó una noche sin cenar; acordóse de que la vispera tampoco había comido, y esto le fatigaba bastante. Entonces tomó la resolución de buscarse cena. Al efecto, se fué á rondar más allá de la Salpêtrière, en aquellos parajes desiertos. Allí es donde está la fortuna inesperada; donde no hay nadie, siempre se halla alguna cosa. Llegó hasta un caserío que le pareció ser el pueblecito de Austerlitz.

En una de sus excursiones anteriores, había él notado allí un jardín viejo frecuentado por un hombre viejo y por una mujer vieja, y que en aquel jardín existía un manzano de regulares condiciones. Junto á este manzano había una especie de frutero mal cerrado, donde se podía conquistar una manzana. Una manzana es una cena; una

manzana es la vida. Lo que perdió á Adan podía salvar á Gavroche. El jardín flanqueaba una callejuela solitaria, sin empedrar, y orillada de matas silvestres hasta tanto que se construían allí casas; un seto separaba al jardín de esta callejuela.

Gavroche se dirigió á aquel sitio; encontró la callejuela, reconoció el manzano, se hizo cargo de donde estaba el frutero, examinó el seto; un seto es una zancada. El día iba declinando, ni siquiera un gato se veía en la calleja, la hora era excelente. Gavroche bosquejó su escalada, pero de improviso se detuvo, porque oyó que hablaban en el jardín. Gavroche se puso á mirar por uno de los claros del seto.

Á dos pasos de donde él estaba, al pié del seto por la parte de adentro, precisamente en el punto donde le habría hecho desembocar el agujero que él meditaba, había una piedra tendida en el suelo formando como una especie de banco, y sobre este banco estaba sentado el anciano del jardín, frente al cual se hallaba de pié la vieja sirvienta. Hablaba esta en son de regañar. Gavroche, poco discreto, se puso á escuchar lo que estaban diciendo.

— ¡Señor Mabeuf! decía la vieja.

— ¡Mabeuf! dijo para sí Gavroche, ese es nombre de farsa.

El anciano interpelado no se movía. La vieja repitió:

— ¡Señor Mabeuf!

El anciano, sin apartar su vista de la tierra, se decidió al fin á responder:

— ¿Qué dice usted, tía Plutarco?

— ¡Tía Plutarco! dijo entre sí Gavroche, otro nombre de farsa.

La tía Plutarco insistió, y el anciano se vió al fin obligado á aceptar la conversacion:

— El casero no está contento.

— ¿Por qué?

— Se le deben tres trimestres.

— Dentro de tres meses, se le deberán cuatro.

— Dice que le enviará á usted á dormir fuera.

— Pues me iré.

— La frutera pide que se la pague. Ya no quiere soltar sus gavillas combustibles. ¿Con qué se calentará usted este invierno? ¡No tendremos leña!

— Tenemos el sol.

— El carnicero no quiere ya fiar, se niega á darnos más carne.

— Eso no me viene mal. Yo digiero mal la carne. Es un alimento demasiado pesado.

— ¿Y qué es lo que tendremos para comer?

— Pan.

El panadero quiere que le demos algun diner á cuenta, y dice que si no hay dinero no habrá pan.

— Está bien.

— ¿Sí, pero y qué es lo que le daré á usted de comer?

— Tenemos las manzanas de nuestro manzano.

— Pero, mi buen señor, es imposible sin embargo que continuémos viviendo así sin dinero.

— Yo no tengo ninguno.

La vieja se marchó y el viejo quedó allí solo. Entónces se puso á cavilar y á soñar, Gavroche á su vez tambien estaba entregado á sus ensueños. Ya era casi noche oscura.

El primer resultado de los sueños de Gavroche fué que, en vez de esalar el seto, se acurrucó debajo de él. En la parte baja de aquellas malezas las ramas se hallaban algo separadas.

— ¡Toma! exclamó para sus adentros Gavroche, ¡hé aquí una alcoba! y se agazapó allí. Casi estaba respaldado contra el banco del tío Mabeuf, oyendo perfectamente desde donde se hallaba la respiracion del octogenario.

Entonces, para comer, procuró antes dormir.

Sueño de gato, sueño de un ojo. Mientras que así se amodorraba, Gavroche estaba en acecho.

La blancura del cielo crepuscular reflejaba en la tierra, y la calleja formaba una línea lívida entre dos oscuras hileras de matas.

De improviso, aparecieron dos sombras moviéndose en aquella faja blanquizca. Una de ellas venía delante, y la otra detrás, á cierta distancia.

— Allí vienen dos seres, refunfuñó Gavroche.

La primera sombra parecía algun viejo bourgeois encorvado y pensativo, vestido de una manera más que sencilla, andando despacio á causa de la edad, y callejeando de noche á la luz de las estrellas.

La segunda era derecha, firme, delgada, é iba arreglando sus pasos por los pasos de la primera; pero en la lentitud voluntaria de su marcha notábase desde luégo la flexibilidad y la agilidad. Aquella sombra tenía todas las trazas de lo que entonces llamaban un elegante, con no sé qué aspecto temeroso que inspiraba inquietud, el sombrero era de buena forma, la levita era negra, bien cortada, probablemente de paño fino y ajustada al talle. La cabeza se alzaba con una especie de gracia robusta, y, bajo el sombrero, entreveíase en el crepúsculo un pálido perfil de adolescente. Aquel perfilado rostro llevaba una rosa en la boca. Esta segunda sombra era bien conocida de Gavroche; era Montparnasse.

Por lo que hace á la otra, nada habria podido él decir, sino que era algun pobre anciano.

Gavroche entró inmediatamente en observacion.

Era evidente que uno de aquellos dos transeuntes abrigaba sus proyectos sobre el otro. Gavroche se hallaba bien situado para ver la escena. La alcoba se convirtió para él muy oportunamente en escondrijo.

Montparnasse de caza, á tales horas, y en tal sitio, era un síntoma amenazador. Gavroche sentía sus entrañas de gamin conmoverse de compasion por aquel anciano.

¿Qué hacer? ¿intervenir? ¿una debilidad socorriendo á otra! Era cosa de que se reiria Montparnasse. Gavroche no abrigaba la menor duda de que, para aquel temible bandido de diez y ocho años, el anciano primero, y despues el muchacho, eran como dos bocados.

Mientras que Gavroche estaba deliberando consigo mismo, tuvo lugar el ataque, de una manera brusca y horrible. Ataque del tigre al onagro, ataque de la araña á la mosca. De improviso, arrojó Montparnasse la rosa, se avalanzó al viejo, le agarró por el cuello, le sujetó y se encaramó sobre él, costando mucho trabajo á Gavroche el retener un grito. Un momento despues, uno de aquellos hombres se hallaba debajo del otro, agobiado, jadeando, forcejeando con una rodilla de mármol sobre el pecho. Sólo que no era enteramente lo que Gavroche esperaba que sucediese. El que se hallaba derribado en el suelo, era Montparnasse, y el que estaba encima, era el anciano. Todo esto sucedía á pocos pasos de donde se hallaba Gavroche.

El viejo habia recibido el choque y le habia devuelto, y devuelto de un modo tan terrible, que en un abrir y cerrar de ojos, el acometedor y el acometido habian cambiado completamente de papel.

— ¡Vaya un inválido arrogante! dijo para sí Gavroche.

Y no pudo ménos de dar un palmoteo da aplauso. Pero fué un palmoteo perdido; pues no llegó á oídos de los combatientes, absortos y ensordecidos uno por otro, y mezclando sus alientos en la lucha.

Siguióse un profundo silencio. Montparnasse dejó de bregar y forcejear. Gavroche tuvo este aparte: ¿Si estará muerto.

El anciano no había pronunciado ni una sola palabra ni dado un grito. Se incorporó, y Gavroche le oyó que decía á Montparnasse :

— Levántate.

Montparnasse se levantó, pero el viejo continuaba siempre manteniéndole sujeto. Montparnasse tenía la actitud humillada y furiosa de un lobo que se viera apriisionado por un carnero.

Gavroche miraba y escuchaba, haciendo esfuerzos para duplicar sus ojos por medio de sus oídos. Aquello le divertía á él muchísimo.

Y á fe que se vió recompensado de su concienzuda ansiedad de espectador, puesto que logró coger al vuelo este diálogo que adquiría de la oscuridad cierto acento trágico. El anciano preguntaba, y Montparnasse respondía:

— ¿Qué edad tienes?

— Diez y nueve años.

— Eres robusto y gozas de buena salud. ¿Por qué no trabajas?

— Porque eso me fastidia.

— ¿Cuál es tu oficio?

— Holgazan.

— Habla con formalidad. ¿Se puede hacer algo por ti?

¿Qué es lo que quieres ser?

— Ladron.

Pasaron algunos momentos de silencio. El anciano parecía profundamente pensativo. Se hallaba inmóvil y sin soltar á Montparnasse.

Á cada instante, el jóven bandido, vigoroso y ágil, daba brincos y sacudidas como una fiera cogida en el lazo. Ora ensayaba un tiron, ora probaba á echar la zancadilla á su adversario, torciendo desatinadamente sus miembros, procurando escaparse. El anciano parecía que no notaba siquiera aquellos esfuerzos del vencido agresor, á quien

tenía sujetos ambos brazos con una sola mano, con la soberana indiferencia de una fuerza absoluta.

La cavilacion del anciano duró algunos minutos; y despues, mirando con fijeza á Montparnasse, levantó la voz suavemente y le dirigió, en aquella sombra en que se hallaban, una especie de alocucion solemne de la cual no perdió Gavroche ni una sola sílaba :

— Hijo mio, le dijo, por pereza, vas entrando en la existencia más laboriosa. ¡Ah! con que te declaras holgazan! prepárate para trabajar. ¿No has visto tú nunca cierta máquina formidable? Llámala el laminador. Preciso es tener con ella el mayor cuidado, es una cosa solapada y feroz; si os coge la falda de vuestra levita, os hace pasar sin remedio todo el cuerpo. Esa máquina es la ociosidad. ¡Detente, mientras que aún es tiempo, y sálvate! De lo contrario, es asunto concluido; dentro de poco tiempo, te hallarás bajo sus ruedas. Una vez cogido, no esperes ya nada. ¡Á la fatiga, perezoso! no más descanso. La mano de hierro del trabajo implacable te ha cogido. ¡Ganar tu vida, hacer una tarea, cumplir un deber, son cosas que se te hacen imposibles! ¡ser como son los demas, es una cosa que te fastidia! ¡Pues bien! serás muy diferente de ellos. El trabajo es la ley; el que le rechaza como fastidio, le tendrá como suplicio. ¿No quieres ser obrero? pues serás esclavo. El trabajo no os abandona por un lado sino para volveros á coger por otro; ¿tú no quieres ser su amigo? pues serás su negro. ¡Ah! ¿no has querido la honrada lasitud de los hombres? pues tendrás el horrible sudor de los condenados. Donde los otros cantan, tú acezarás con lúgubre estertor. Verás desde léjos, desde abajo, á los demas hombres trabajar; y se te figurará que están reposando. El labrador, el segador, el marinero, el herrero, te aparecerán en la luz como los bienaventurados de un paraíso. Trabajar en el yunque, te

parecerá una delicia; conducir el arado, manejar la hóz, atar las gavillas, es un verdadero gozo! La barca en plena libertad á merced del viento, ¡qué fiesta tan hermosa! ¡Tú, perezoso, cava, tira, rueda arrastra, marcha! ¡Sufre tu cabestro, héte ahí convertido en bestia de carga, en acémila uncida al tiro del infierno! ¡Ah! no hacer nada, tal era tu objeto, tu sueño dorado. ¡Pues bien! no tendrás ni una semana, ni un día, ni una hora sin opresion y abatimiento. Nada podrás levantar sino con angustia. Cada minuto que pasa te hará crujir los músculos. Lo que para los demas será una pluma, para ti será una roca. Las cosas más sencillas serán como talladas en escarpa. La vida será un monstruo en derredor tuyo. Ir, venir, respirar, otras tantas faenas terribles. Tu pulmon te hará el efecto de un peso de cien libras. Andar por aquí, en vez de andar por allí, será un problema difícil de resolver. Cualquiera que desea salir, empuja la puerta, y es cosa hecha, vedle ya fuera. Tú, si quieres salir, tendrás que perforar una muralla. Para ir á la calle, ¿qué es lo que hace todo el mundo? Todo el mundo baja la escalera; pero tú, romperás las sábanas de tu cama, harás con ellas, hilo á hilo, una cuerda, en seguida pasarás por tu ventana, y te suspenderás de aquella cuerda sobre un abismo, y será de noche, en medio de una tormenta, en lo más fuerte de la lluvia, en lo más horrible del huracan, y si la cuerda es demasiado corta, no tendrás ya sino un modo de bajar, dejándote caer. Caer á la ventura, en el golfo, en el abismo, desde una altura desconocida, ¿y sobre qué? Sobre lo que está abajo, sobre lo desconocido también. Ó bien treparás por un cañon de chimenea, á riesgo de abrasarte; ó te arrastrarás por un conducto de letrinas á riesgo de ahogarte. No te hablo de los agujeros que es menester tapar, de las piedras que es preciso quitar y volver á

poner veinte veces cada día, del cascote que hay que esconder dentro de su gergon. Preséntase una cerradura; el amo tiene en su bolsillo la llave fabricada por un cerrajero. Pero tú, si quieres pasar adelante, estás condenado á hacer una obra maestra formidable; tomarás una moneda de dos sueldos, la cortarás en dos láminas; ¿con qué herramientas? tú las inventarás. Eso es de cuenta tuya. En seguida, ahuecarás el interior de estas dos láminas, cuidando mucho de que nada se conozca en el exterior, y practicarás en el borde, al rededor de la moneda, una vuelta de espiral, de modo que se ajusten estrechamente una sobre otra, formando así como un fondo y una tapadera. Una vez atornilladas entre sí estas dos láminas circulares, nada se podrá adivinar de aquel secreto. Para los celadores, pues siempre estarás vigilado, aquello no será más que una moneda de dos sueldos; para ti, será una caja. ¿Qué introducirás en esta caja? Un pedacito de acero. Un resorte de reloj al cual habrás hecho dientes convirtiéndole en una sierra. Con esta sierra, tan larga como un alfiler, y oculta dentro de una moneda de cobre, tendrás que cortar el pestillo de la cerradura, la cruz del cerrojo, el asa del candado, la barra que habrá en tu ventana y el grillete que llevarás en la pierna. Concluida esta obra maestra, consumado este prodigio, ejecutados todos estos milagros de arte, de destreza, de habilidad, de paciencia, si se llega á descubrir que tú eres el autor, ¿cuál será tu recompensa? el calabozo. Hé aquí el porvenir. ¡La pereza, el placer, qué precipicios! No hacer nada, ¿sabes que esa es la más triste y lúgubre resolución que puede adoptar un hombre? ¡Vivir ocioso, de la sustancia social! ¡ser inútil, es decir, nocivo! Esto conduce directamente al fondo de la miseria. ¡Desgraciado el que se empeña en ser parásito! que no será sino vil gusano de la tierra. ¡Ah! ¿no te

agrada trabajar? ¡Ah! tú no tienes más que un pensamiento: comer, beber y dormir bien. Pues beberás agua, comerás pan negro, dormirás sobre una tabla, con un hierro remachado que sujetarán tus miembros y cuyo frío sentirás por la noche sobre tu carne! Romperás, si puedes, aquel hierro, y te fugarás. Está bien. Entonces irás arrastrando de bruces por los matorrales y por las malezas, y comerás yerba como los animales de los bosques. Y te volverán á coger. Y esta vez ya pasarás años enteros en un calabozo subterráneo, profundo, amarrado á una pared, buscando á tientas á tu lado el cántaro para apagar la sed, mordiendo un horrible pan de tinieblas, que los perros no querrán saborear siquiera, comiendo habas que los gusanos habrán ya comido ántes que tú. Serás una cucaracha encerrada y amarrada en una fosa. ¡Ah! ten compasión de ti mismo, miserable criatura, tan jóven, que aún no hace veinte años te hallabas á los pechos de tu nodriza, y que sin duda tienes aún tu madre! ¡Yo te conjuro, escúchame! Tú quieres vestir de rico paño negro, llevar botas charoladas, rizarte el pelo, ponerte en tus bucles aceites con olorosas esencias, agradar á las mozas, parecer guapo y hermoso! Pues bien, irás rapado á navaja, con una casaca roja y unos zuecos. Quieres llevar una sortija en el dedo, pues llevarás una argolla en el cuello; y si te atreves á mirar á una mujer, te darán un garrotazo. Y entrarás allí á la edad de veinte años, y saldrás á los cincuenta! ¡Entrarás jóven, rosado fresco, con tus ojos brillantes y todos tus dientes blancos, con tu hermosa cabellera de adolescente, y saldrás de allí cascado, encorvado, arrugado, desdentado, encanecido, horrible! ¡Ah! jóven desdichado, llevas muy mal camino, la ociosidad te aconseja de un modo deplorable; el más rudo de todos los trabajos es el robo. Créeme, no emprendas esa penosa tarea de ser un Perezoso. No creas

que es nada cómodo el oficio de bribon. Es mucho ménos penoso el de hombre de bien. Ahora véte ya, y reflexiona sobre lo que te he dicho. Á propósito, ¿qué es lo que querías? ¿mi bolsa? aquí la tienes.

Y soltando á Montparnasse, el viejo le puso en la mano su bolsa, que Montparnasse sospesó en un instante; despues de lo cual, con la misma precaucion maquina que si la hubiera robado, Montparnasse la dejó escurrir suavemente en el bolsillo trasero de su levita.

Dicho y hecho todo esto, el buen hombre volvió la espalda y prosiguió tranquilamente su camino.

— ¡Zorro viejo! murmuró Montparnasse.

¿Quién era este buen hombre? el lector lo ha adivinado sin duda.

Montparnasse, estupefacto, le vió desaparecer en el crepúsculo. Esta contemplacion le fué fatal.

Mientras que el anciano se alejaba de él, Gavroche se acercaba.

Gavroche, de una mirada al soslayo, se habia asegurado de que el tío Mabeuf, adormecido tal vez, continuaba siempre sentado en el banco. Y el pilluelo habia salido de entre las matas, y se habia puesto á andar de gatas, casi arrastrándose en la sombra detras de Montparnasse, que estaba inmóvil. Así logró llegar hasta Montparnasse sin que este le viera ni oyera, introdujo con la mayor suavidad su mano en el bolsillo de atras de la levita fina de paño negro, cogió la bolsa, sacó la mano, y volviendo á arrastrarse por el suelo, hizo una verdadera evasion de culebra en las tinieblas. Montparnasse, que no tenia ningun motivo para estar en guardia contra una asechanza de esta especie, y que cavilaba y soñaba por la primera vez de su vida, no se apercibió de nada. Cuando hubo llegado al mismo punto donde estuviera ántes escondido, y donde se hallaba por la parte de adentro el tío Mabeuf,

Gavroche arrojó la bolsa por encima del seto, y echó á correr á toda prisa.

La bolsa fué á caer sobre los piés del tío Mabeuf. Esta conmocion despertó al pobre viejo, quien se inclinó y recogió la bolsa. Nada comprendía él lo que estaba pasando. La abrió, y vió que era una bolsa de dos compartimientos; en uno de ellos, habia algunas monedas de cobre; el otro contenia seis napoleones de oro.

El tío Mabeuf, todo azorado y aturdido de lo que estaba viendo, llevó el hallazgo á su ama de gobierno.

— ¡ Esto cae del cielo ! dijo la tía Plutarco.

LIBRO QUINTO

CUYO FIN

NO SE PARECE AL PRINCIPIO

I

LA SOLEDAD Y EL CUARTEL COMBINADOS

El dolor de Coseta, tan punzante aún y tan vivo cuatro ó cinco meses ántes, habia entrado ya en convalecencia, sin que ella lo notara siquiera. La naturaleza, la primavera, la juventud, el amor á su padre, la alegría de las aves y de las flores, hacian filtrar poco á poco, día por día, gota á gota, en aquella alma tan virginal y tan jóven, un no sé qué algo semejante al olvido. ¿ Sería que el fuego se iba apagando allí enteramente ? ¿ ó bien sólo se formaban ciertas capá